

Levadura

José Ángel Marín

Puede que la ignorancia sea la mayor inclemencia para el ser humano. Pero que no cunda el pánico, pues del asedio ignorante nos salva la ilustración, ese refugio donde cualquier persona puede convertirse en un humanista sin necesidad de haber nacido en la Florencia del Renacimiento.

No hace falta ser un experto en latines para acercarse a la sabiduría intemporal de los clásicos (hoy ya todos traducidos), ni hace falta ser un consumado melómano para arrimarse con el corazón abierto a una composición musical, a un recital lírico o a las sugerencias que destila el jazz. Ya digo, no es preciso ser Góngora para recibir el abrigo de la literatura, ni un crítico perspicaz para sucumbir al magnetismo del cine, ni hace falta disfraz de mecenas para encontrar en un óleo o acuarela esa caricia que emana el arte.

Estos y otros que se me escapan son vasos comunicantes que construyen al ser humano y nos edifican como personas, que nos rescatan de la caverna y, de algún modo, subliman a cuantos integramos esta especie últimamente tan aficionada a las pantallitas.

Obtener de la cultura su poder benefactor es hoy posible, por más que la lógica vacua impuesta en este mundo frenético indique otra cosa, por más que el consumismo nos trasmute de ciudadanos en simples números de cuenta, por más que quienes tienen la sartén por el mango se empeñen en aborregarnos para hacer de las suyas a sus anchas.

Bien, pues frente a ello, vi estos días en Gran Canaria, en el congreso de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, que existe la cultura de cercanía con dimensión universal. Cultura que rige la dinámica de la Económica de Jaén, tan dignamente representada en Las Palmas: La cultura asociada con los valores y el progreso del territorio, la cultura que dice de nosotros mismos -incluso de aquello que no queremos ver-, la cultura que nos habla del otro y de cuanto nos circunda.

Esta es mi percepción. Es la que palpo cuando voy a un concierto o una charla de nuestra Económica. Entonces, los pesares que –a cierta edad- produce estar vivo, desaparecen durante un par de horas y me abstraigo del lastre cotidiano. Entonces, no siento cuita alguna y olvido los trapicheos y afanes que me atenazan fuera del auditorio de la Económica; hasta diría que la muerte deja de acojonarme. Allí no hay ocasión al desaliento, y durante un recital o bañado del conocimiento de una conferencia, me siento como un acróbata que sale de su propio cuerpo y de sus dogmas.

Sí, la cultura es levadura que nos transfiere a ese Olimpo donde todos compartimos palco. La cultura inserta en la vida social es una de las claves de nuestra Económica. Una cultura que esponja al individuo y que, a la vez, es progreso colectivo, que transita del pasado al presente con la mirada puesta en el futuro, una cultura que es benéfica para todos.

Con la Económica, Jaén no parece formar parte de esa España preterida en la que nos han sumido los desgobiernos de unos y otros.